

El Institut d'Estudis Catalans

Carles Miralles

Arbor CLXIII, 641 (Mayo 1999), 47-59 pp.

El Institut d'Estudis Catalans, fundado y ampliado por iniciativa de Enric Prat de la Riba el 1907, es una corporación académica, científica y cultural que tiene por objeto la alta investigación científica y principalmente la de todos los elementos de la cultura catalana.

La corporación tiene su sede en la ciudad de Barcelona y tiene establecidas delegaciones dentro de su ámbito geográfico de actuación, que son las tierras de lengua y cultura catalanas. El papel del Institut d'Estudis Catalans en la comunidad científica y la sociedad en general se ha consolidado en los últimos años y ha tomado un nuevo impulso.

El Institut d'Estudis Catalans fue fundado en 1907. El año anterior, el 1906, suele ser tenido por fecha crucial para la Cataluña del siglo XX. Dos hechos principales coinciden y se complementan al efecto: la Solidaritat Catalana y el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana. Solidaritat Catalana representa una plataforma política unitaria. Faltaban buena parte del movimiento obrero y algún político, como Lerroux, pero «La Campana de Gràcia» podía hablar de ella como fruto de la voluntad del pueblo y definirla como «el bloque catalán» (31 de marzo). En el Congreso, por su parte, del 13 al 17 de octubre, cristalizaba el empuje de la Renaixença reivindicativo de una lengua, ilustre por su pasado, que ahora se empezaba a pretender unificada y capaz, a la altura de los tiempos y pionera en la introducción de la cultura contemporánea.

Aunque la Solidaritat triunfó destacadamente en las elecciones del 21 de abril de 1907, la unidad política no estaba destinada a durar;

con todo, un cierto consenso civil sobre la importancia del rearme cultural y científico y sobre la necesidad de una lengua, la propia, en condiciones de liderarlo, esto sí había arraigado y duró. Aunque hubiera tenido su Congreso, y aunque, de hecho, la literatura catalana ya hubiera alcanzado entonces un alto nivel, el paso definitivo para la normalización del catalán —una ortografía, una gramática, un diccionario de la lengua, depurada y común como instrumento de cultura y ciencia en todo su ámbito— estaba por dar.

El 2 de febrero de 1906 escribía Miquel dels Sants Oliver en el «Diario de Barcelona» que «nuestra influencia en los destinos nacionales depende, en último término, de la intensidad de la cultura» y exhortaba a sus lectores a tener en cuenta que «la cultura es la más fuerte, la más sagaz y la más firme de las políticas». Tanto en *La nacionalitat catalana*, que es también de 1906, como en su aportación al Congreso, Enric Prat de la Riba insistía en la correspondencia entre lengua y nacionalidad: la supeditación política había depauperado y mestizado el catalán y la conciencia nacional lo devolvería a su esplendor, en un necesario renacimiento cultural.

De la «dignidad» que había que ganar para la lengua hablaban todos: desde por ejemplo Miquel i Planas hasta Carner. Se trataba de entrada de dignidad literaria (así Miquel i Planas saludaba, desde la revista «Joventut», el 14 de junio también de 1906, la aparición de *Horacianes* de Costa i Llobera como «un nuevo hito en el camino ascendente de la dignificación de nuestro idioma»), pero al cabo se anhelaba una lengua para toda la cultura, de la literatura a la ciencia.

Había que ganar los periódicos, la escuela, la universidad; había que poner en el corazón y en la mente de quienes lo hablaban el orgullo del catalán, de su tradición y de su futuro. A todo eso, había que ponerle un motor. Se lo puso un dictamen-acuerdo de la Diputación Provincial de Barcelona, el 18 de junio de 1907, al crear el Institut d'Estudis Catalans. Prat de la Riba, que era el presidente de la Diputación, no pretendía, desde luego, alcanzar todos los objetivos de su ideario sirviéndose del Institut, pero sí aspiraba a que del núcleo escogido de sus miembros irradiara el fundamento, la fuerza intelectual que pusiera en marcha y dirigiera el proyecto cultural nacionalista.

Constituyeron el primer núcleo los ocho primeros miembros del Institut. Desde el mayor, de cincuenta y siete años, hasta el más joven, que tenía ventiséis, fueron éstos Guillem M. de Brocà, Jaume Massó i Torrents, Antoni Rubió i Lluch, Miquel dels Sants Oliver, Joaquim Miret i Sans, Josep Puig i Cadafalch, Pere Coromines y Josep Pijoan. Un núcleo básicamente formado por historiadores —historia, historia

literaria, arqueología, historia del arte, historia jurídica—, que formaba lo que en aquellos años iniciales se conocía como Institut Històrico-Arqueològic. Estos miembros no eran sólo profesores o especialistas sino también publicistas y escritores, ideólogos y políticos; eran intelectuales que creían en la necesidad de un renacimiento cultural y que sentaron las bases de la recuperación del pasado como historia nacional.

En 1911 se pasó de ocho a veintiún miembros. Se había logrado sustanciar un grupo que emprendiera la definitiva fijación del catalán bajo una normativa unitaria, la primera Secció Filològica, que de entrada se llamaría Institut de la Llengua Catalana, por un lado, y, por otro, se constituía la primitiva Secció de Ciències, también llamada por un tiempo Institut de Ciències, que había de desarrollar y catalanizar el saber en las ciencias naturales, exactas, físico-químicas, filosóficas, morales y políticas. Del núcleo antiguo, formado por ocho miembros —uno de los cuales se integraba ahora en el citado Institut de Ciències, salía el Institut Històrico-Arqueològic, que también más adelante pasaría a denominarse Secció.

Se pensó más en las personas, aunque se tuvieran en cuenta las especialidades de cada cual. Importaban la formación y propósitos de los miembros, o su significación; así, pasaron a formar parte de la Filològica tres escritores tan diferentes pero tan significativos como Josep Carner, Àngel Guimerà y Joan Maragall; a la vez, se buscó asegurar la solidez de los cimientos llamando, por una parte, al hebraísta Frederic Clascar y al helenista Lluís Segalà y, por otra, a dos excelentes estudiosos del catalán, Antoni M. Alcover y Pompeu Fabra.

Si bien Fabra fue efectivamente la cabeza visible y quien, ingeniero al cabo, llevó el peso de la ingente obra de planificación y ordenación que era necesaria, la responsabilidad fue de toda la Filològica, a cuyos trabajos se fueron incorporando otros estudiosos —algunos de los cuales, como Lluís Nicolau d'Olwer y Carles Riba, llegarían a formar parte de la misma (en 1917 y 1932, respectivamente)—, y también de sus Oficines Lexicogràfiques, creadas en 1912 para preparar la obra del Diccionario. Aunque, de algún modo, la Filològica actuó y fue reconocida, bajo la batuta de Fabra y no siempre sin reticencias, como academia de la lengua, fue el Institut quien suscribió, en su conjunto, las *Normes ortogràfiques* de 1913, punto de partida de la obra normativa; el Institut quien publicó en 1917 el *Diccionari ortogràfic* dirigido por Fabra y quien adoptó en 1918 la Gramàtica catalana de Fabra; fue a partir de los materiales de las Oficines lexicogràfiques que Fabra pudo publicar, en 1932, el *Diccionari general de la llengua catalana*, una etapa, según

declaraba él mismo en el prefacio, en el camino hacia un futuro diccionario más completo («el futuro gran diccionario del Institut»).

En cuanto a la Secció de Ciències, fueron llamados a ella J. M. Bofill i Pichot, que era zoólogo, los biólogos August Pi i Sunyer y Ramon Turró y un médico, Miquel A. Fargas, junto con el matemático Esteve Terradas y el filósofo Eugeni d'Ors. La completó Pere Coromines, procedente del núcleo primitivo, ahora una de las tres Seccions. La Secció de Ciències había de ser a su vez el núcleo de las ampliaciones de 1968 y 1988 de que luego se dirá. En ella se concentraba la ambición última del proyecto cultural en cuyo contexto tenía sentido el Institut; a saber, que el catalán fuera no sólo instrumento lingüístico de la recuperación de la historia de Cataluña, no sólo la lengua de su literatura y de su filología sino también la lengua de la enseñanza, del cultivo y la investigación de todas las disciplinas científicas. A su vez, ella contagiaba su dinamismo y universalismo a las disciplinas históricas y filológicas, animándolas a expandirse, a lograr una proyección exterior.

De esta vocación universalista, tanto en su conformación y proyección como en la amplitud de los conocimientos que acoge en su seno, son cifra su participación desde muy pronto en proyectos internacionales y sus Sociedades científicas, hasta hace poco y comúnmente llamadas filiales. Como botón de muestra de lo primero baste citar aquí que ya en 1910 cooperó con la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid en la creación de la Escuela Española de Roma y que, desde 1922, en que era admitido entre las primeras instituciones que la integraron, formó parte de la Unión Académica Internacional y empezó a colaborar en varias de sus empresas, colaboración que dura hasta hoy. El Institut ha dado además a la Unión Académica Internacional un presidente, Lluís Nicolau d'Olwer, y un vicepresidente, Ramon Aramon. Por lo que hace a sus Sociedades científicas, que empezó a impulsar y a crear en 1912, mediante ellas el Institut ha estado en contacto con los jóvenes investigadores y con la entera sociedad científica catalana; por ellas ha podido ampliar y completar el ámbito de su competencia científica también en campos menos atendidos por sus miembros.

El modelo del Institut había sido el Institut de France, formado por cinco Academias. Las tres primeras del Institut d'Estudis Catalans se llamaron de entrada Instituts, como ha quedado dicho, y luego, cuando se percibió como dificultad, o como causa de confusión, que un Institut estuviera formado por Instituts, se llamó a éstos Seccions. Si se evitó la palabra Acadèmia, ello fue debido a que Prat de la

Riba veía esta denominación más del lado del honor y el ornato y lo que él pretendía era, en cambio, dotar a la cultura y a la sociedad catalana de una institución formada por directores y organizadores; mejor si podían estar representados en ella también los consagrados, pero lo imprescindible era que no faltaran los más sobresalientes de entre los intelectuales y científicos de las nuevas generaciones, los que más empeño y fuerza podían poner en el cumplimiento de los objetivos que el Institut se había fijado.

Constituído el Institut con las tres primeras Seccions, no sólo la normativa lingüística fue el fruto del trabajo de sus miembros. En la Filològica misma, hay que citar por lo menos la revista *Butlletí de Dialectologia Catalana* y dos colecciones, la «Biblioteca Filològica» y las «Memòries». Muy destacadas fueron las publicaciones de la Històrico-Arqueològica, entre las cuales también unas «Memòries», el *Anuari*, los «Estudis de Bibliografia Lulliana», las «Cròniques Catalanes», y desde luego series básicas, como *Les pintures murals catalanes*, iniciadas bajo la dirección de Josep Pijoan, *L'arquitectura romànica a Catalunya*, de Puig i Cadafalch, A. de Falguera y J. Goday, los *Documents* de Rubió i Lluch para la historia de la cultura catalana medieval, el *Repertori de l'antiga literatura catalana*, de Massó i Torrents. Y un largo etcétera. La Secció de Ciències, por su parte, publicó unos «Arxius» y unas «Memòries», la *Flora de Catalunya* de J. Cadevall, la *Fauna de Catalunya* que dirigió Bofill i Pichot, las *Notes d'estudi del Servei Meteorològic de Catalunya* dirigidas por Euduard Fontserè, los «Treballs» de la Estación Aerològica de Barcelona y del Servicio Técnico del Paludismo, y, entre otras, dos colecciones como la llamada «de Cursos de Física i Matemàtica», de la que se encargaba E. Terradas, y la «Biblioteca Filosòfica», que se inició bajo la dirección de d'Ors. Si a esta reseña desde luego no exhaustiva queremos añadir algunas publicaciones igualmente significativas de algunas Societats, como los «Treballs de la Societat de Biologia», dirigidos por A. Pi i Sunyer, los «Treballs de la Institució Catalana d'Història Natural», el «Anuari de la Societat Catalana de Filosofia», las «Memòries de la Societat Catalana de Ciències Físiques, Químiques i Matemàtiques», podrá apreciarse hasta qué punto el catalán se impuso en la producción científica de alto nivel, dentro del Institut e irradiando fuera, pues la sintonía con una Universidad que aspiraba también a renovarse y a situarse a la altura de los tiempos —en un proceso que culminó en la Autònoma de la República, a partir de 1933— fue en muchos casos una cabal realidad, y en otros una firme esperanza, para la cultura catalana.

Sin prisa pero sin pausa, el Institut fue creando oficinas, servicios, laboratorios y centros de investigación. No sólo la obra lexicográfica, los temas de toponimia y onomástica, las excavaciones, la conservación y catalogación de monumentos hallaron cabida y desarrollo en ellos; también la fonética experimental, la fisiología, la psicología experimental, amén de la geografía, la geología y la meteorología.

Ya en 1907 el Institut se había dirigido al alcalde de Barcelona para proponerle la constitución de una «Biblioteca catalana». En 1911, cuando la ampliación, ya se proponía una Junta de la Biblioteca —más tarde se llamó Patronato— de la que formaban parte el Presidente y el Secretario General del Institut y un miembro de cada Secció. En 1914, el Institut podía ponerla, con el nombre de Biblioteca de Catalunya, a disposición de los especialistas.

A pesar del revés que representó la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930), el movimiento de renovación cultural y de conciencia nacional en el que el Institut tenía un papel motor y de referencia no se detuvo. No faltó al Institut la ayuda de particulares, el impulso de mecenas tenaces, ni desde luego la ininterrumpida colaboración, en aquellas circunstancias adversas, de sus miembros y colaboradores y de buena parte de la sociedad civil.

La Diputación de después de la dictadura conservó sobre el Institut «su noble protectorado económico» y le confirió «completa autonomía». En 1931, el Ayuntamiento de Barcelona le cedió los edificios de la Casa de Convalecència y el Hospital de la Santa Creu, que la Diputación adaptaría y restauraría para el Institut y la Biblioteca de Catalunya. De 1931 a 1939 el gobierno de la Generalitat republicana aseguró y sostuvo con firmeza el normal funcionamiento académico de la institución, que fue llamando a unos pocos nuevos miembros, impulsando y consolidando proyectos y acogiendo nuevas Sociedades científicas.

La dictadura impuesta, tras la guerra de 1936-1939, por Franco, uno de los generales sublevados contra la República española, intentó acabar con el Institut, varios de cuyos miembros y colaboradores gustaron el amargo sabor del exilio o fueron represaliados, perdiendo los más su situación profesional y académica. La lengua fue perseguida en la calle y barrida de la escuela y la Universidad; la Biblioteca de Catalunya pasó otra vez a la Diputación, que la llamó Biblioteca Central; el Institut quedó desierto, abandonados sus locales, también en manos de la Diputación, e irrecuperables sus materiales de trabajo.

Las ideas y propósitos que lo habían sostenido e impulsado habían sido derrotados en la guerra y sólo quedaba sufrir las consecuencias. Y se sufrieron.

Pero desde el corazón de la derrota, aunque fuera testimonial y clandestinamente, empezó la recuperación. Primeras reuniones en domicilios privados, nuevos miembros. Para unos pocos, el Institut era la certeza de que había existido un ayer favorable; para los más, el Institut simplemente no era nada. Entre sus mismos miembros, los exiliados pensaban en un cambio y en que todo pudiera volver a encauzarse sobre lo que había sido; los de dentro, forzosamente atentos a la hostil realidad, resultaban más proclives a conformarse aunque fuera con dar señales de vida y buscaban en lo que podían una subsistencia que en otras circunstancias hubieran podido tener por mísera y claudicante. Desde lejos, la impotencia se trocaba en elegía y añoranza; desde aquí, la frustración y el desespero más razonables no impidieron a algunos darse cuenta de que la enemiga de los vencedores imponía un lento, tenaz y paciente proyecto de supervivencia.

Si durante la dictadura de Primo de Rivera no había faltado al Institut la ayuda de mecenas como Francesc Cambó y Rafael Patxot, durante la incomparablemente más represora y larga de Franco tampoco le faltó la de otros, como Fèlix Millet, ni la de colectivos representativos de la voluntad de recuperación, como la Agrupació Benèfica Minerva u Òmnium Cultural.

Miembros de reconocido prestigio, de Puig i Cadafalch a Riba, y otros más jóvenes, como Aramon, trabajaron por mantener la altura y el rigor intelectuales y por asegurar al Institut alguna presencia y hasta alguna sede. Casi de milagro, algunas publicaciones pudieron ver la luz. Así, en 1947, el tan importante *Diplomatari de l'Orient català* de A. Rubió i Lluch, fallecido en plena guerra, en 1937, y el opúsculo *Histopatologia d'una capa d'epitel.li semiescamós pla que cobreix les mucoses digestives*, del médico exiliado, a la sazón director del departamento de patología del hospital Ancoats de Manchester, Frederic Duran i Jordà. El 1949 arrancaba *Estudis Romànics*, que, con sus dieciséis volúmenes, constituye una revista representativa y conocida en su especialidad y que ha cobijado en sus páginas algunos homenajes muy significativos. Reanudaron su andadura las «Memòries» de la Secció Històrico-Arqueològica, los «Arxius» de la Secció de Ciències.

Por otro lado, desde el principio el Institut contó en el exterior con la protección de la Unión Académica Internacional y en el interior con la de muchos directores de los Institutos Francés y Británico y la de muchos de los cónsules de estos estados. Tal circunstancia contribuyó decisivamente a que las autoridades de la dictadura franquista dejaran al Institut seguir, tan a la sordina y a poco gas, manteniendo alguna actividad. Su presencia pública se reanudó con el Cartell de

Premis de 1947 pero sólo desde 1962, cuando pudo contar con la sede del Palau Dalmasses, gracias a Òmnium Cultural, el Institut, que había incrementado discretamente sus miembros y había pasado varios adjuntos a numerarios, pudo pensar que esta presencia pública empezaría a hacerse más abierta. Como nada era entonces seguro ni había avance sin retroceso, en diciembre de 1963 el gobernador franquista clausuró el Palau Dalmasses, con los materiales, dentro, de diversas publicaciones, entre los cuales los de las misceláneas de homenaje a Nicolau d'Olwer y Fabra. Hasta 1967, por la acción decidida de un grupo de presión y por el apoyo —de origen sociopolítico y científico— que recibió tanto del interior como del exterior, no recuperó el Institut la sede que había logrado y perdido, sus libros y materiales.

Entre tanto, habían acabado sus estudios los universitarios de la primera generación nacida con la dictadura. En su formación oficial, esta gente no pudo educarse en catalán y hasta le fue negada la enseñanza de su idioma. Con alguna otra institución y con muchas personas, a nivel individual —especialmente en el mundo de la enseñanza—, pero el Institut, sobre todo a través de sus Sociedades —las antiguas, y alguna nueva, creada en esta época—, pudo revelar a estos universitarios que el catalán era no sólo una lengua con un pasado ilustre y una literatura de gran importancia, viva y activa, dentro y fuera de Cataluña, sino también que había sido una lengua de cultura y de ciencia y, a pesar de la represión, continuaba siéndolo. Les mostró que como profesionales, como académicos y científicos, podían usar su propia lengua, la que les habían negado en la educación oficial. Se lo pudo mostrar hasta con alguna publicación reciente, pues el Institut había editado la casi totalidad de la materia científica en catalán que llegó a ver la luz en los años más duros y luego hasta el final de la dictadura (1976). En total, más de doscientos volúmenes, que no es mucho para más de treinta años pero sí es realmente mucho, consideradas las circunstancias.

Que el Institut se daba cuenta, a pesar de las dificultades, del cambio de los tiempos y procuraba evolucionar y adaptarse, esto se echa de ver por el aumento de miembros y de Sociedades pero también por la creación, desgranada de la Secció de Ciències, de una nueva Secció de Filosofia i Ciències Socials (1968). Con cuatro Seccions, el Institut se dotó de una Junta y de un Presidente permanente —antes cada cuatro meses uno de los Presidentes de cada una de las tres Seccions asumía la Presidencia de la institución. El primero de la nueva serie fue Jordi Rubió i Balaguer. En los próximos años hasta 1995 se sucedieron en el cargo Pere Domingo i Sanjuan, que lo ejerció

de 1970 a 1974, Josep Alsina i Bofill, hasta 1978, Joan Ainaud de Lasarte, hasta 1982, Enric Casassas i Simó, hasta 1987, y Emili Giralt i Raventós, que, nombrado en 1987, impulsó los nuevos Estatutos de 1988 y lo fue hasta 1995. Ramon Aramon i Serra, que era Secretari General desde 1942, continuó siéndolo hasta 1989 —con Jordi Carbonell i de Ballester como Secretari General adjunto desde 1984—, en que fue sucedido por Manuel Castellet i Solanas y luego, de 1992 a 1998, por Joaquim Rafel i Fontanals.

Bajo la presidencia de Alsina i Bofill, en 1976, un Real Decreto de 26 de noviembre reconocía oficialmente el Institut, «cuyo ámbito de actuación se extenderá a las tierras de lengua y cultura catalanas», y, en 1977, la Diputación y el Ayuntamiento firmaban con el Institut la devolución de sus locales de la Casa de Convalescència del Hospital de la Santa Creu; restaurados por la Diputación, el Institut pudo volver a instalarse en ellos a finales de 1982.

Los nuevos Estatutos antes citados posibilitaron la división de la Secció de Ciències en dos: la de Ciències i Tecnologia y la de Ciències Biològiques. El número de miembros posibles de cada una de las cinco Seccions pasó de siete a veintiuno. Al cumplir setenta años cada miembro se convierte automáticamente en emérito y su Secció, sin prescindir de él, puede incorporar a un nuevo miembro. La medida está pensada para favorecer el ingreso en el Institut de nuevas generaciones de estudiosos. Muchas más Sociedades científicas se han constituido desde entonces al amparo del Institut, que cuenta hoy en día con veinticinco de ellas.

Muchos han sido los frutos científicos del Institut en la última década, y, desde el Real Decreto de 1976 y el Conveni de 1996 con la Generalitat, se ha ido avanzando en la consolidación institucional de la entidad, que, cumplidos noventa años (1997), camina hacia su primer centenario.

Algunos de estos frutos, como el *Diccionari de la llengua catalana* (DIEC) de 1995, que partía del *Diccionari general* de Fabra y tenía en cuenta la nutrida producción lexicográfica que en este *Diccionari* se basaba, ha obtenido una muy amplia difusión y ha sido a su vez tomado como base de las más importantes obras lexicográficas posteriores, como el *Gran diccionari de la llengua catalana* de Enciclopèdia Catalana (1998). El DIEC aparecerá remozado y renovado, tanto por lo que respecta a contenidos específicos como a ciertos criterios lexicográficos, en la segunda edición, ya prevista en 1995, en la que trabajan las Oficines Lexicogràfiques sobre la documentación que revisan o aportan especialistas de las Seccions del Institut o de sus Societats. Este *Diccionari* no es, desde luego, el «futur gros diccionari de l'IEC» que

Fabra preveía en 1932, probablemente porque el proyecto de un tal diccionario exige no sólo un trabajo atento y continuo sobre el de Fabra, es decir, la asimilación y crítica de la tradición, sino también nuevos planteamientos metodológicos, es decir, la puesta en marcha de innovaciones más radicales. En este sentido, conviene destacar la elaboración en estos años, bajo la dirección de Joaquim Rafel, del Corpus Textual de la Llengua Catalana, que recoge más de cincuenta millones de ocurrencias, debidamente lematizadas, y que, además de haber permitido la concepción y elaboración de nuevos modelos y productos lexicográficos, de momento permite documentar las informaciones léxicas recibidas e ilustra, pues, con fundamento sobre sus grados de pertinencia. Está prácticamente a punto un *Diccionari manual* que ha parecido oportuno elaborar sobre la base del DIEC y se está trabajando en firme en la nueva Gramàtica del Institut.

Muchos son los proyectos, desde la lengua a las matemáticas, que lidera o en que participa el Institut. Muchas las jornadas científicas que ha organizado. A partir de las iniciativas de sus miembros, respondiendo a las líneas programáticas de cada Secció, encauzando o acogiendo trabajos y proyectos de las Societats científicas, mucho es lo que el Institut ha podido llevar a cabo, sobre todo en los últimos años, en que ha firmado convenios generales con todas las Universidades de las tierras de habla catalana y con otros centros de investigación, y convenios específicos con otras instituciones y fundaciones para la realización de proyectos concretos.

Si se considera su situación a las puertas de la democracia, mucho es desde luego lo que ha cambiado, y para bien, el Institut, que hoy, a principios de 1999, tiene noventa y dos miembros numerarios y cuarenta miembros eméritos en sus cinco Seccions, cuenta con veinticinco Societats y ha iniciado en verano pasado las obras de restauración y rehabilitación de la Casa de Convalescència, un edificio emblemático, que encarna la realidad de su presencia, en el remozado corazón del centro de la política y la cultura catalanas de hoy.

En los últimos años el Institut se ha consolidado y afianzado sobre un triple principio, que nítidamente deriva de sus Estatuts y que Manuel Castellet, su Presidente desde 1995, suele resumir así: como academia de la lengua catalana; como institución de catalanística, tanto desde el punto de vista de las humanidades como desde el de las ciencias; como asesor de los poderes públicos —en estos ámbitos— y promotor y coordinador de estudios e investigaciones.

Pero, más allá de lo que suele ser misión y obra de tantas Academias, el Institut creó conciencia, sembró tesón y voluntad, enseñó rigor y

exigencia. Lideró el más noble movimiento de una cultura hacia la comprensión de su pasado, hacia la recuperación de su memoria en la construcción de su presente, y por la dignificación de su lengua, por su cristalización en una gran literatura y por su uso normalizado —y tan normal como el de cualquier otra lengua de cultura— en todos los ámbitos y áreas de estudio e investigación. Como consecuencia, todo ello, de los orígenes, de la historia que hemos sumariamente evocado.

En los años siguientes a la muerte de Franco, el Institut no sólo se ha renovado y se ha dotado de los instrumentos y del potencial, humanos y materiales, de que había menester para poder enfocar con ciertas garantías estas funciones —desde luego ya más ambiciosas que las usuales de las Academias— que figuran en sus Estatuts y derivan de su historia, sino que se ha encarado a la conciencia, en la sociedad y en la ciencia, en el mundo entero y en el ámbito del catalán, de los cambios, tan profundos y de diversa índole, que se han venido experimentando y consolidando.

La alta cultura, la investigación, la innovación tecnológica, la teoría y la producción artística, las políticas correspondientes a todo ello, asumen hoy grados de complejidad y diversificación incomparables a la situación desde la cual se perfiló el papel de motor y guía del Institut. La situación universitaria de los países de lengua catalana tampoco ofrece punto de comparación. Por lo demás, la cultura de productos inmediatos o supeditada, con sus solapamientos respecto a la de investigación a largo plazo o no mediatizada, con sus deserciones e invasiones, motivados por razones de mercado, interfiere en el compromiso de los poderes políticos con la cultura de grandes proyectos, solidaria de principios ideológicos —políticos pero no directamente instrumentalizables—, tanto por la difícil previsión de su rendimiento como por la incertidumbre sobre quién lo capitalizará al cabo. Ni que decir tiene que tal incertidumbre se plantea desde esquemas políticos también de mercado, y no en términos políticos ideológicos, de largo alcance y profundas raíces, del tipo de los que no pocas veces suelen ser hoy tachados de esencialistas. Tanto la crisis de los intelectuales como la cultura de mercado impiden la comunicación entre la sociedad que tal vez le exigiría el más alto nivel, la mayor coherencia, el más impecable rigor y hasta algunas razonables dosis de humanidad, y la alta cultura, la ciencia —y no sólo el saber especializado y concreto. Entre la sociedad y el saber de los especialistas en cuanto miembros de ella, con todos los demás hombres, no hay, como solía decirse antes con fórmula retóricamente

consolidada, un vacío, sino una densa zona de obstáculos y ruido impenetrable.

Esta zona, en el caso del Institut, resulta todavía más espesa y laberíntica, hasta el desespero a veces, si se tiene en cuenta su vinculación histórica a un proyecto cultural nacionalista que aparece, por un lado, difuso en el panorama actual de la hodierna política de partidos catalana y se muestra, por otro, apenas, inconcreta o sectorialmente abrazado por grupos sociales o por partidos o gobiernos autónomos del «ámbito de actuación» que al Institut reconocen la unánime tradición histórica no partidista y el Real Decreto de 1976, a saber, en términos de éste, «las tierras de lengua y cultura catalanas»; tierras que, en el Estado español, abrazan tres comunidades autónomas e interesan una franja territorial de una cuarta.

Cuando una lengua es fuerte y atesora prestigio y poder en un amplio dominio, extenso y multinacional, la fragmentación dialectal no representa un peligro, pues iría en detrimento de estas cualidades positivas. Si acaso, se deja sentir sólo en sus zonas de ignorancia y de pobreza, salir de las cuales equivale a acceder a la lengua común, a poder participar en su prestigio; y esto proporcionan, en mayor o menor medida, los medios de comunicación y, sobre todo, la educación desde sus primeros niveles. Cuando una lengua ha sido durante más de una generación apenas permitida como familiar y reprimida en sus usos sociales, y ahora se encuentra minorizada, en su mismo ámbito, ante otra lengua, de mayor extensión y prestigio, cultural y políticamente, el peligro de la fragmentación dialectal se cierne como una constante amenaza sobre ella; corre el riesgo, la lengua más débil, de ser substituída, en todas sus funciones de prestigio, por la más fuerte, y de quedar sus hablantes sin canales de comunicación entre ellos, sin periódicos ni televisión ni cine ni educación comunes.

Mundialización es término que algunos entienden sectariamente como unificación, como abolición de la diferencia. Frente al poderoso inglés mundializado, todas las lenguas de cultura aspiran, ellas, a la mundialización —y la merecen en función de la cultura que han producido y producen. El catalán es una de estas lenguas. Mundialización de una lengua significa derecho a hacerse oír, por sus méritos de cultura y civilización, en todo el mundo.

Hacer que el catalán, como lengua de cultura, de investigación, sea conocido y reconocido en el mundo no es pequeño propósito para el Institut. Pero se echa de ver que sólo si hay un proyecto de política cultural definido en estos términos el Institut podrá ser llamado a constituirse, otra vez, en motor y guía de tal proyecto. Un proyecto

que la sociedad, tan plural, pero culturalmente una, de las tierras de lengua catalana exija, por encima de las diferencias, con la decisión de la responsabilidad, de la coherencia, y como un reto de futuro. Y un proyecto que la entera sociedad a la que pertenecen, políticamente, las tierras de lengua y cultura catalanas haya aprendido no sólo a respetar sino a fomentar y a tratar como propio.